



www.loqueleo.santillana.com

© 2017, ANA MARÍA SHUA

© De esta edición:

2017, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5237-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: abril de 2017

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE - CLARA OEYEN

Ilustraciones: MARÍA LAVEZZI

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Shua, Ana María

El Hombre de Fuego / Ana María Shua ; ilustrado por
María Lavezzi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Santillana, 2017.

112 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-5237-3

1. Leyendas Argentinas. 2. Literatura Infantil Argentina. I.
Lavezzi, María, ilustr. II. Título.

CDD 398.2

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o
cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES
DE ABRIL DE 2017 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA
DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El Hombre de Fuego y otras leyendas argentinas

Ana María Shua

Ilustraciones de María Lavezzi

loqueleo

El sapo y el quirquincho

Leyenda aymara

El quirquincho es un animalito que se las arregla muy bien para vivir en cualquier lado: en las llanuras y en las montañas, en regiones muy frías o muy calurosas. Se lo encuentra en toda América del Sur, y en la Argentina vive casi por todas partes, desde el norte hasta la Patagonia. Tiene muchos nombres. En algunos lugares se lo llama “mulita”, otros le dicen “piche”, “peludo” o “tatú”. Y en España lo llaman “armadillo”. Tiene una caparazón muy grande que le permite defenderse de sus perseguidores haciéndose bolita para esconder su tripa tierna. Vive en túneles y cuevas que él mismo excava con sus uñas

enormes y duras. Cavando encuentra, además, su alimento preferido: deliciosas lombrices, caracoles y gusanos.

6 Cuéntase que se cuenta que el padre de todos los quirquinchos no era feliz con su vida. Tenía una señora quirquincha, tenía cuatro preciosos quirquinchitos, todavía con sus caparazones blandas (se van endureciendo a medida que se hacen adultos), para los que desenterraba ricos gusanos. Y sin embargo se la pasaba suspirando con tristeza.

Como si fuera una persona (las personas quieren siempre lo que no tienen), este quirquincho soñaba con algo completamente imposible: quería aprender a cantar. Era un animalito muy musical. Disfrutaba con la música del viento pasando entre las hojas de los árboles, se acercaba a los arroyos para escuchar el sonido del agua jugando entre

las piedras, y por las noches les hablaba a sus hijos de la extraña y hermosa música de las estrellas. ¡Le hubiera gustado tanto poder producir un poco de esos sonidos que le daban tanta alegría! ¡Ojalá fuera capaz de cantar! Si aunque sea pudiera silbar un poco, como las serpientes. Pero el pobre quirquincho no tenía buena voz y, cuando trataba de entonar alguna canción, todos los demás animales se reían de él.

7

Se la pasaba escuchando los sonidos que hacían los otros animales y le parecía que cualquiera tenía una voz mejor que la suya. Por supuesto, más que a ningún otro, les tenía mucha envidia a los pájaros. Él se hubiera conformado con el silbidito raro de la perdiz o el grito del benteveo, aunque envidiaba sobre todo al zorzal y al jilguero, que tienen un canto tan melodioso.

Un día al zorzal se le ocurrió una gran idea. Pensando cómo sacar provecho de la

pasión del quirquincho por su música, se ofreció a darle clases de canto. A cambio, el quirchincho desenterraba para él los mejores gusanos y lombrices: también el zorzal tenía pichones para alimentar.

8 Y allí iba todos los días nuestro amigo a sentarse debajo de la rama donde el zorzal tenía su nido. El pájaro lo hacía entonar con paciencia escalas de trinos y gorjeo. Pero, por supuesto, el quirquincho tenía una boca y una garganta muy distintas de las de un pájaro, y los trinos no le salían en absoluto. En su lugar, emitía unos ruidos ridículos que hacían desternillar de risa a todos los animales. ¿Por qué no se conformaba ese tonto con lo que la naturaleza le había dado? Muchos envidiaban su caparazón protectora, y no por eso trataban de conseguir una.

El quirquincho pronto se dio cuenta de que con las lecciones del zorzal no estaba

adelantando nada y renunció a tomar clases. De algún modo le parecía aceptable que él no pudiera cantar como los pájaros, que tienen muchas otras cualidades mágicas, como esa maravillosa capacidad de volar, o la belleza y la suavidad que les dan sus vestidos de plumas. En cambio, le parecía injusto no poder cantar como las ranas y los sapos, que andaban por el suelo igual que él ¡y eran mucho más feos! Todas las noches se acercaba a la laguna y se quedaba escuchando extasiado los conciertos que daban los batracios. Aunque volvía tarde a su cueva, doña Quirquincha no lo retaba, porque quería mucho a su marido, sabía de la pasión que tenía por la música y le daba pena.

Un sapo que cantaba siempre en la laguna terminó por hacerse amigo del quirquincho que venía todas las noches a escucharlo. No era un sapo cualquiera, sino un chamán de

su tribu, un sapo brujo, que tenía grandes poderes. Cierta noche, compadecido del quirchincho que suspiraba triste en la orilla de la laguna, le propuso realizar un ritual mágico que le permitiría cantar.

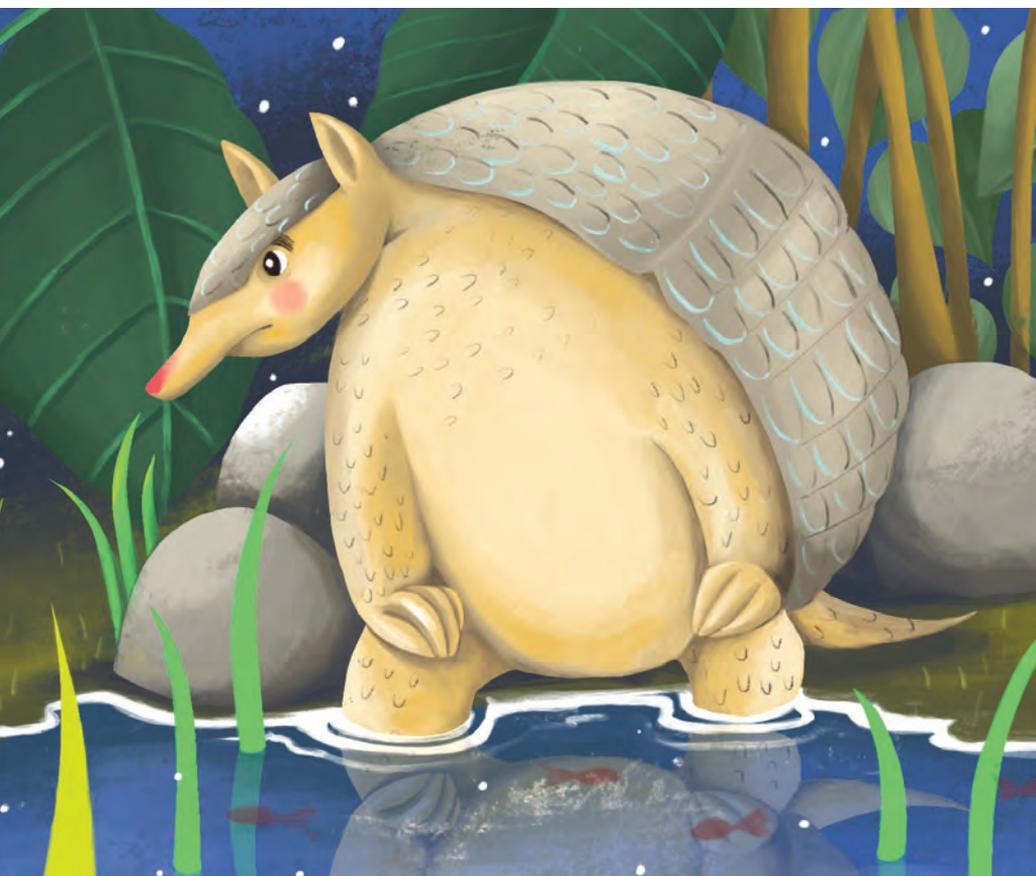
10 —Yo sé un poco de todo —dijo el sapo—. Si obedeces mis órdenes sin preguntar y pasas las tres pruebas que te voy a encomendar,



podrás cantar como nunca lo logró ningún otro animal.

Por orden del sapo y como primera prueba, el quirquincho tuvo que dar tres vueltas al Cerro de la Arena, una montaña altísima que quedaba cerca de allí. Cualquiera que haya construido montañas de arena o de barro sabe que, para que una montaña sea

11



alta, tiene que tener una base muy grande. Y así era el cerro: enorme y ancho. Para el quirquincho, que no es un gran caminador, dar las tres vueltas fue un trabajo inmenso, se le gastaban las uñas de tanto andar.

12 La segunda prueba fue más fácil. Tuvo que cavar una cueva especial, grande y cómoda, para que toda la familia del pícaro sapito pudiera esconderse de sus enemigos (a las víboras les encanta comer sapo).

Y para terminar el sapo le pidió que le consiguiera ciento veinte caracoles, con los que preparó un tremendo banquete para sus amigos.

—Muy bien, quirquincho —lo felicitó el sapo—. Te has ganado tu voz. Cantarás maravillosamente, cantarás como nunca, como nadie. Pero será después de muerto.

—¿Después de muerto? —le dijo desilusionado el quirquincho—. ¡Pero eso es imposible! ¿Y para qué quiero cantar después de muerto?

—Porque cada vez que cantes será como si volvieras a vivir. Y el sonido de tu voz será tan hermoso que harás bailar a todos por igual, a los grandes y a los chicos, a los pobres y a los ricos.

El quirquincho se fue ilusionado, pensando que de algún modo se había ganado la vida eterna. Y así fue. Porque, poco después de esta historia, los hombres inventaron el charango, un instrumento de cuerdas, parecido a la guitarra, que se hace con la caparazón de los quirquinchos.

Desde entonces, cada vez que alguien toca un charango trayendo alegría y haciendo bailar a todos por igual, se produce la magia: es el quirquincho que canta feliz, con la voz más hermosa del mundo, es el quirquincho que vuelve a vivir a través de su música.

Sobre los aymaras

Buena parte de la gente que vive hoy en el norte de la Argentina, sobre todo en las provincias de Salta y Jujuy, es de origen aymara. Los aymaras son, en realidad, muchas comunidades diferentes, que tienen en común el idioma. Viven también en Bolivia, el Perú y el norte de Chile. En algún momento formaron parte del Imperio Inca, que abarcaba muchos pueblos a los que los incas habían sometido. Pero ellos se consideran descendientes de un imperio tan antiguo que era todavía anterior a los incas: el imperio de Tiahuanaco.

15

Los aymaras eran agricultores, y se alimentaban sobre todo con papa, quinoa, harina de maíz y carne de llama o de guanaco. Y esa sigue

siendo hoy la alimentación básica de las zonas rurales donde muchos viven.

Como los quechuas, creen en la Pachamama, la Madre Tierra, y en el Padre Inti, el Dios Sol. Por eso todas las ceremonias comienzan mirando hacia arriba, hacia el sol.

16 *Tienen su propia bandera, la wiphala, una bandera muy alegre, de siete colores, cada uno con su significado. La wiphala es una de las banderas oficiales de Bolivia, donde la mayor parte de la población es aymara.*

Se supone que el instrumento musical que tiene que ver con esta leyenda, el charango, no existía antes de que los españoles llegaran a América. Es un instrumento que tiene cinco pares de cuerdas dobles. Y muy probablemente proviene de un cruce de la cultura indígena con la europea, porque fue inventado hacia el siglo XVII. Cuando los aymaras conocieron las mandolinas o las vihuelas que traían los españoles,

se les ocurrió crear algo parecido a partir de la caparazón de los quirquinchos.

Pero hoy ya no se usa la caparazón de estos animalitos para fabricarlos. Como a los quirquinchos hay que cuidarlos mucho, porque están en peligro de extinción, se los protege fabricando charangos hechos de madera.